

## LOS DILEMAS DE LA TRANSMISIÓN EN EL MARCO DE LA ALTERACIÓN DE LAS DIFERENCIAS INTERGENERACIONALES<sup>1</sup>

SANDRA CARLI

2006

El problema de la transmisión en educación resulta hoy un punto nodal de los discursos educativos y ello se vincula con los diagnósticos críticos acerca de las modalidades de relación entre las generaciones en un contexto de generalizado deterioro de los vínculos básicos y de los vínculos sociales y políticos, cuestión que reenvía al problema del tiempo en la educación. La apelación a la necesidad de conservar, restaurar o recuperar la tarea de transmisión de la cultura surge, en alguna medida, como la ilusión de dar continuidad a un mandato moderno de la educación que se revela hoy como imposible o al menos con dificultades de ser sostenido. Kaes sostiene que “es siempre en un momento crítico de la historia cuando emergen e insisten la cuestión de la transmisión y la necesidad de darse una representación de ella: en el momento en que, entre las generaciones, se instaura la incertidumbre sobre los vínculos, los valores, los saberes a transmitir, sobre los destinatarios de la herencia (...)” (1996: 29).

La noción de transmisión es una noción ambigua que remite a distintos significados según los contextos discursivos. En un registro alude a la relación entre adultos y niños/jóvenes, que se ha visto erosionada por efecto de los cambios producidos en estas últimas décadas en las instituciones familiares y educativas, es decir, cambios en los vínculos básicos relacionados con la crianza y con la educación.

---

<sup>1</sup> Clase preparada para el Diploma Superior en Gestión Educativa (virtual) de FLACSO.

En otro registro la noción de transmisión alude, en los procesos macrosociales, a la relación compleja entre estado, mercado y sociedad civil en un escenario nacional en el que los mandatos modernos, entre otros el referido a la educación de las nuevas generaciones, se han visto modificados y alterados en lo que hace tanto a las instituciones intervinientes en tal tarea, como a la toma de decisiones públicas y a las responsabilidades sociales que tal tarea implica.

El problema de la transmisión se vincula con el problema de las formas de *filiación* generacionales. En tanto la filiación constituye el reconocimiento de la posición de los sujetos en el orden de las generaciones, e incluye la definición de los contenidos de la transmisión, es decir, qué del pasado se transmite, qué herencia, la cuestión es pensar cómo se construyen estas posiciones en la sociedad argentina y en el sistema educativo. Esa filiación *generacional* que el sistema educativo ensaya día a día se encuentra al menos amenazada, si pensamos que en pocas décadas se ha transitado por la fuerte descalificación del sistema educativo heredado de la dictadura militar, por una reforma estructural del mismo durante la década del 90, y por un deterioro creciente del espacio público de la educación -tanto en términos materiales como simbólicos- que convierte hoy a las escuelas en un escenario más de la crisis social.

La cuestión de la transmisión irrumpe, entonces, como síntoma de la incertidumbre sobre las formas de continuidad de la sociedad y sobre los horizontes de futuro. Tanto las tesis que sostienen la desaparición de la infancia, como aquellas que hacen referencia a la cultura juvenil, coinciden en señalar diversas formas de “inversión” del vínculo generacional, es decir, un cambio en las posiciones de los sujetos y la emergencia de nuevas formas de constitución de los mismos, que delatan quizás la caducidad de un tipo de transmisión o tal vez la importancia de la pregunta por el sentido de la misma.

Esta idea de *inversión* de lugares se vincula con cierta caducidad de las fronteras entre las edades a partir del impacto provocado en la conformación de las identidades de edad de una cultura crecientemente globalizada, mediatizada e informatizada, que cuestiona tradiciones, fundamentos de autoridad y universos culturales: la distancia entre las generaciones adultas y las generaciones no es la misma hoy que la que existía entre nuestros padres y abuelos, al mismo tiempo tampoco es la misma la idea de autoridad que intervenía en la construcción de esa distancia. Sin embargo, las identidades de niños y jóvenes, las identidades generacionales, siempre son producto de una construcción histórica, más o menos estable, más o menos duradera. Muchas veces las nociones de infancia y de juventud en los discursos educativos se plantean como contenidos esenciales, no afectadas por la historicidad, leídas desde criterios que atienden solo su dimensión biológica o su mítica relación con las instituciones clásicas (familia-escuela-estado) cuya realidad actual dista mucho de las representaciones que tenemos de ellas en el ámbito educativo.

La inversión de la relación entre las generaciones, la disminución de esa distancia óptima, o la erosión de las ideas de autoridad clásicas, parecen poner en riesgo el proceso de transmisión cultural, mirado con nostalgia como un producto venerado del pasado. Sin embargo, siempre la relación entre las generaciones está afectada por la contingencia, más aún en contextos como el actual que revelan en forma aguda mutaciones muy profundas así como regresiones inéditos a escenarios del pasado. La cuestión es, en todo caso, como esa construcción histórica, es reconocida para pensar la educación.

Detengámonos en el concepto de transmisión. El concepto de *transmisión*, según Kaes, es un significante connotado por una dirección del tiempo, una transmisión es siempre un proceso que se realiza en la duración, supone una *inscripción temporal*: la transmisión ha

sido definida como un transporte en el tiempo, por una prolongación, transporte en el tiempo en el cual la educación ha operado como un soporte privilegiado para la construcción de una memoria, y en especial de una memoria nacional. Debray distingue la idea de transmisión de la de comunicación, caracterizada por un transporte en el espacio. A la transmisión le adjudica un alcance regulador y ordenador por un triple alcance: material, diacrónico y político. Sin embargo, la educación en sentido amplio se ha visto alterada en estas décadas recientes por la combinación y tensión entre distintas *experiencias del tiempo*, que han hecho estallar ese tiempo lineal y progresivo del progreso en el proyecto de la instrucción pública moderna. La transmisión cultural tenía un sentido cuando el tiempo se pensaba desde la dinámica del progreso moderno, que conduciría a los estados naciones al desarrollo científico, a la conformación de una sociedad y a la participación ciudadana, y adquiere nuevos sentidos cuando debe considerar estas experiencias del tiempo presente. El rechazo sistemático del pasado, según señala Hobsbawm, pero también la tensión entre tiempo real y virtual, la aceleración de los cambios tecnológicos, la mediatización de la vida social, la inmediatez del presente en el consumo, la regresión a formas sociales de vida que se desarticulan del cambio tecnológico, etc, son rasgos de una experiencia social que pone en cuestión la relación de la escuela con los horizontes más amplios de la sociedad en su conjunto

Si estas complejas y diversas experiencias del tiempo actuales, estas formas de vivir el presente, diversas y a la vez crecientemente desiguales, rompen con la dirección del tiempo de la transmisión moderna y, en este sentido, generan cuestionamientos profundos a la tarea del educador, más aún en un contexto en el que estado y sociedad civil sufren una metamorfosis inédita, ello no debe eliminar el hecho de que toda generación que nace, nace a un mundo que desconoce y que invariablemente demanda de los adultos una tarea de transmisión del sentido de ese mundo y de las formas de incorporarse en él.

Como ha señalado Arendt “sin testamento o, para sortear la metáfora, sin tradición -que selecciona y denomina, que transmite y preserva, que indica donde están los tesoros y cual es su valor-, parece que no existe continuidad voluntaria en el tiempo y, por tanto, hablando en términos humanos, ni pasado ni futuro (...)”. Es un problema de la transmisión, y en particular de la transmisión cultural llevada adelante por las instituciones educativas, la posibilidad de construir un relato que de cuenta de la *continuidad* en el tiempo, pero también es problema de la escuela registrar la *discontinuidad* del tiempo, ese que convierte a los alumnos en seres diversos de los adultos, otros en alguna medida desconocidos por vivir en un presente que tiene características inéditas para el adulto. Toda generación joven se constituye a partir de una diferencia, pero una diferencia que se modula luego de una toma de posición, más o menos explícita, condescendiente, contestataria o indiferente, frente a lo recibido de la generación anterior.

La transmisión debe pensarse desde las viejas y nuevas experiencias del tiempo, pero también desde sujetos cuyas identidades se constituyen entre las instituciones modernas y los lugares anónimos y des-localizados del tejido social actual, entre la escuela y el ciber-café, entre el sistema de educación pública y la calle como espacio público, entre las experiencias formativas incidentales y el consumo televisivo en la vida privada. Ese niño que recorre la ciudad con su familia para revisar la basura, hace un aprendizaje, es objeto de una transmisión ligada a la posibilidad de supervivencia familiar, esos jóvenes que se tornan habitúes de locales de informática construyen una socialidad de pares que hace circular saberes que sus padres no poseen, esas púberes devenidas modelos son el producto más genuino del alcance de la comunicación publicitaria de estas últimas décadas.

Pensar la transmisión como intervención humana en el espacio educativo, como acción social, demanda el recorrido de un mapa social y cultural con viejas e inéditas características, un reconocimiento de las formas de socialización *contemporáneas* a la socialización escolar, una lectura de los procesos complejos de constitución de las identidades de edad y también una creencia en la posibilidad de generar nuevas articulaciones entre las generaciones en proyectos educativos comunes. En la medida en que la educación se produce siempre en la brecha del tiempo, la transmisión debe modularse desde la densidad del presente, pero también interrogando el pasado, herencias parciales, historias locales, identidades generales y particulares de un país poco afecto a la conservación de lo propio, abierto al saqueo y siempre seducido por la novedad. La pregunta es, por un lado, qué seleccionar de ese pasado, qué recuperar, cómo tejer una relación entre fragmentos de ese pasado y el presente, entre esa memoria de trabajo paterno y la incertidumbre de los jóvenes ante el creciente desempleo, entre los recuerdos de la movilidad social de la generación adulta y la conciencia política de los jóvenes sobre la escisión entre ese pasado y el presente, entre las tradiciones de generaciones de maestros y profesores y los nuevos saberes de niños y jóvenes. Pero también explorar los lazos que al interior de cada generación se tejen y se constituyen como modos de transmisión de una experiencia común.

Cómo construir un espacio educativo que sea escenario para modular una experiencia *común* de distintas generaciones se torna problemático en contextos de cambio cultural y educativo acelerado y traumático como en el caso argentino: el espacio de la educación resulta un escenario de emergencia de conflictos que remiten, por un lado, a distintos tiempos históricos de la educación y por otro a la relación entre la educación y el desarrollo económico. Cambio *acelerado* porque en apenas una década se produjo una compleja y polémica transformación estructural del sistema educativo y ello se produjo

en forma paralela a un proceso global de cambio tecnológico, cambio *traumático* porque ese cambio se articuló, a su vez, con una descenso de las posiciones de los sujetos sociales en la estructura económica y con un proceso de concentración de la riqueza que ha tenido efectos notorios en el cambio del perfil social y cultural de la Argentina. Esos cambios acelerados y traumáticos redundan en realidades educativas cada vez más segmentadas y desiguales, que también tienen impacto en la conformación de las identidades de profesores y alumnos, que no pueden leerse a partir de un modelo homogéneo.

La expansión de la escolaridad pública durante la primera mitad del siglo XX imprimió una impronta cultural común a la sociedad argentina que revirtió sobre cierta homogeneización social, a partir de la década del 60 la educación se articuló a fenómenos de movilidad social, durante los años 70 esa movilidad social se ligó con fuertes demandas de democratización social y política, con consecuencias culturales notorias. En la actualidad, el aumento de las desigualdades sociales, y en particular el aumento de la pobreza profunda en el país, hace difícil pensar el papel de la educación pública en la producción de una identidad cultural común. Ello requiere no abandonar la promesa emancipatoria de la educación, sino en todo caso reconocer que esta promesa va atada a la posibilidad de poner en marcha cambios más estructurales en otras esferas. ¿Cómo encarar entonces, desde una política universal, procesos educativos con metas comunes que partan de un reconocimiento de derechos comunes para la sociedad en su conjunto, aunque desde realidades cada vez más dispares?.

Los sujetos de la educación, generacionales, contemporáneos, emergen hoy como portadores de culturas y de proyectos de distintos momentos históricos, pre y postdictatoriales, en las trayectorias educativas y culturales de los sujetos generacionales se inscriben distintos tiempos de la Argentina reciente, distintos horizontes de futuro,

como parte de un ciclo corto que entre los 60 y los 90 encuentra cambios acelerados, acontecimientos traumáticos y realidades complejas. La emergencia de formas de *desafiliación* educativa es resultado de la ausencia o fracaso de los procesos de transmisión que en un escenario como el presente se multiplican.

Sin embargo, como señalamos en un texto reciente (Carli, 2001) la relación entre las generaciones es siempre una relación atravesada por la *discontinuidad*. En el ámbito educativo, la relación entre generaciones connota una ilusión de continuidad, la aspiración a un lazo sin conflictos. Siempre hay, sin embargo, un vacío, una ruptura, un corte: entre el nacimiento y la muerte niños y adultos se ubican en los puntos más distantes de una curva irreversible. En esa relación entre pasado, presente y futuro se transita un espacio, un espacio *tensionado* por el tiempo, en el que las generaciones se constituyen con identidades propias y en el que por otra parte lo histórico-social irrumpe posibilitando u obstaculizando los acuerdos. La discontinuidad hace historia: en ese hecho, lenguaje, creación, los jóvenes se diferencian, marcan las fronteras de su tiempo histórico, y a la vez señalan a los adultos las propias, proyectan sus posibilidades futuras y a la vez muestran la caducidad del otro, indicándonos también la caducidad de nuestra transmisión. Siempre, por otra parte, hay algo desconocido de una generación joven para la generación adulta y también en el sentido inverso. En todo caso es la experiencia que enseña el tiempo y que remite al paso por las edades la que permite que eso desconocido del otro sea objeto de reconocimiento y no de confiscación.

Ese desconocimiento, esa *pequeña diferencia*, puede ser percibida como amenaza o como promesa, puede motivar el rechazo o la ausencia de encuentro, o puede convertirse ese desacuerdo básico en la base para un trabajo común. El espacio intergeneracional debe pensarse hoy como un trabajo de *reconocimiento* de esas diferencias pero también de los *dilemas comunes* que atraviesan a la sociedad en su conjunto. Ese espacio de



encuentro intergeneracional siempre ha sido imaginario. En la medida en que “cada cultura es ante todo una experiencia del tiempo y no es posible una nueva cultura sin una modificación de esa experiencia” (Agamben, 2001), la pregunta es cómo construir desde las instituciones educativas esa “otra” cultura desde una nueva experiencia nueva de transmisión.

Esa experiencia deberá transitarla cada generación, como dice Arendt, *no se hereda*, “ese pequeño espacio intemporal dentro del corazón mismo del tiempo, a diferencia del mundo y de la cultura en que hemos nacido, sólo puede indicarse pero no heredarse y transmitirse desde el pasado; cada nueva generación, cada nuevo ser humano, sin duda, en la medida en que se inserte entre el pasado infinito y un futuro infinito, debe descubrirlo de nuevo y pavimentarlo con laboriosidad” (1996: 19). Esa transmisión no puede predecir qué hará la nueva generación con ella, en todo caso producirán una escritura propia, un proyecto, una tarea, que será en alguna medida una reescritura pero también una creación singular.

¿Qué liga esa memoria de rebeldía política de muchos jóvenes de los años 70 con la mayor libertad moral y apertura al mundo de los jóvenes de los 90, qué vincula a ese joven de provincia con el que transita el conurbano bonaerense, qué acerca al joven trabajador de un supermercado con el joven sofisticado que recorre la vanguardia nocturna?. En alguna medida ese plus energético de los jóvenes, esa precedencia de los otros respecto de la muerte, que Margulis reconoce como uno de los rasgos constitutivos de la juventud. En parte también las huellas que en la experiencia de la edad deja el paso por la educación o la ausencia de ella. Sin embargo, en la medida en que la educación pública se empobrece y pelea su supervivencia material y simbólica y la educación privada se multiplica acompañando los procesos económicos de concentración de la riqueza,

seguramente esas huellas potencian identidades que tarde o temprano se vean confrontadas a antagonismos profundos.

Es un dilema *político* inscribir esas diferencias intrageneracionales en un proyecto educativo común, en un imaginario que trabaje en la producción de una identidad común, en la comprensión de las diferencias pero también en las explicación de las desigualdades que provocan que una gran cantidad de jóvenes se caigan del mapa social, su futuro sea destino, y que otros se ubiquen en una situación de privilegio, y su futuro se proyecte positivamente. Ello supone la necesidad de un tipo de transmisión que transite en esa autonomía relativa de la educación pública, que a la vez que está atrapada por límites estructurales más o menos determinantes, imagina otro horizonte cultural, trabaja en un tipo de conocimiento en cuyo acceso incluye a unos y otros, proyecta una mirada sobre el conjunto social a través de la enseñanza.

Algo del orden de un sueño posible está presente en la relación de transmisión que vincula a las generaciones. “Dice mi padre que ya llegará desde el fondo del tiempo otro tiempo y me dice que el sol brillará sobre un pueblo que el sueña labrando su verde solar”, canta Alfredo Zitarrosa en “Adagio en mi país”, ligando el sueño de su padre con el suyo, el sueño del país rural de la inmigración de la primera mitad del siglo XX y el sueño del país de los años setenta, pero también “dice” que su padre decía (refiriéndose al pueblo) que “no hay adivino ni rey que le pueda marcar el camino que va a recorrer”. La letra del cantor popular uruguayo algo dice respecto de la cadena de las generaciones, de las generaciones nuevas cuyo camino deberán, como señalaba Arendt, pavimentarlo con laboriosidad. Ello invita a una renuncia a la omnipotencia del educador, de la generación adulta, a la creencia en que la transmisión predetermina, construye destino. En todo caso el éxito de la transmisión educativa consisten en crear condiciones para que los jóvenes se animen a encarar esa labor, con voz propia.

Un dilema es un argumento que presenta al adversario una alternativa de dos proposiciones. El dilema de la transmisión educativa es abrir alternativas a los otros, abrir un arco de posibilidades, no encerrar a la nueva generación en la opción de la conservación del pasado o de la negación del mismo, sino en todo caso desplegar las formas posibles de pensamiento, conocimiento y acción simbólica que hagan posibles cambios futuros para cada uno y para la sociedad en su conjunto.

#### BIBLIOGRAFÍA:

AGAMBEN, Giorgio. Infancia e historia. Adriana Hidalgo editora. BsAs. 2001.

ARENDT, Hanna. Entre el pasado y el futuro. Ocho ejercicios sobre la reflexión política. Península. Barcelona. 1996.

CARLI, Sandra. “Discontinuidad e historización. Una mirada sobre la relación entre adultos y jóvenes en la Argentina contemporánea” en Revista Ensayos y Experiencias. Año 8. No40. Sept/octubre/2001.

CARLI, Sandra. “La cuestión de la infancia. Derechos del niño y educación pública. Hipótesis sobre la historia argentina contemporánea” en Revista Sociedad. No 15. Dic/1999.

DEBRAY, Regis. Transmitir. Manantial. BsAs. 1997.

HOBSBAWM, Eric. El sentido de la historia. Crítica. Barcelona. 1998.

KAES, René. Transmisión de la vida psíquica entre generaciones. Amorrortu. BsAs.1996.

MARGULIS, Mario (editor). La juventud no es más que una palabra. Biblos. BsAs.  
1996.